

Luego no es Dailoco el que se lleva la palma! exclamó Antístenes.

En reuniones de hombres cuerdos, respondió Dailoco, no es el bien apersonado el que se la lleva; mas ántes el sabio y el virtuoso.

Bebieron todos la última copa de vino de Epidauro, y despidiéndose del dueño de casa despues de las abluciones de costumbre, salieron y se dispersaron por las calles de Aténas.

Fedon y Cerécrates iban juntos: desembocando en una plaza frente por frente al Partenon, he allí un hombre inmóvil en el atrio de este sublime edificio. Allí le tienes, dijo Cerécrates: cuántas horas lleva de estar hablando en silencio con los dioses?

Iba al convite, sin duda, respondió Fedon: Minerva le salió al paso y le dejó como muerto debajo del poder de la inspiracion divina. Déjale: impiedad seria despertarle de ese fecundo sueño. Pero la noche, que se acerca, replicó Cerécrates, puede serle perjudicial: vamos hácia él.

« Sócrates! Sócrates! » Volvió el maestro la cabeza sorprendido: Fedon, ¿ qué haces aquí? y tú, Cerécrates... oh amigos...

Tú has comido mejor que nosotros, dijo Fedon: Alcibiades te agradece la puntualidad.

Alcibiades... ¿ qué ha pensado de mí?

Que te hallarias por aquí en poder de tu Genio ó Divinidad propicia. Ahora á casa, maestro: Xantipa se está muriendo de inquietud.

## EL BUSCAPIÉ

PRÓLOGO DE UN LIBRO INÉDITO TITULADO

ENSAYO DE IMITACION DE UN LIBRO INIMITABLE

Ó CAPÍTULOS QUE SE LE OLVIDARON Á CERVANTES

## EL BUSCAPIÉ

### CAPÍTULO PRIMERO

Dame *del atrevido*; dame, lector, *del sandio*; *del mal intencionado* no, porque ni lo he menester, ni lo merezco. Dame tambien *del loco*, y cuando me hayas puesto como nuevo, recíbeme á perdon, y escucha. Quién eres, infusorio, exclamas, que con ese mundo encima vienes á echármelo á la puerta? Cepos quedos : no soy yo contrabandista ni pirata : mia es la carga : si es sobradamente grande para uno tan pequeño, no te vayas de todas por este único motivo ; ántes repara en la hormiga que con firme paso echa á andar hácia su alcázar, perdida bajo el enorme bulto que lleva sobre su endeble cuerpecillo. Si no hubiera quien las acometa, no hubiera empresas grandes : el toque está en el éxito : siendo él bueno, el acometedor es un héroe ; siendo malo, un necio : aun muy dichoso si no le calificamos de malandrin y bellaco. Este como libro está compuesto : sepa yo de fijo que es obrita ruin, y no la doy á la estampa ; téngala por un acierto, y me ahorro las enojosas diligencias con que suelen los autores enquillotrar al público, ese personaje temible que con cara de justo juez lo está pesando todo. Él decidirá : como el de-

lito es máximo, la pena será grande : al que intenta invadir el reino de los dioses, Júpiter le derriba. Pero el rayo consagra : ese demente es un escombros respetable.

Qué pudiera proponerse, me dirán, el que hoy escribiera un Quijote bueno ó malo? El fin con que Cervantes compuso el suyo, no existe ; la lectura de los libros caballerescos no embebece á cuerdos ni á locos, á entendidos ni á ignorantes, á juiciosos ni á fantásticos : estando el mal extirpado, el remedio no tiene objeto, y el doctor que lo propina viene á curar en lo sano. Así es ; pero yo tengo algo que decir : Don Quijote es una dualidad : la epopeya cómica donde se mueve esta figura singular tiene dos aspectos ; el uno visible para todos ; el otro, emblema de un misterio, no está á los alcances del vulgo, sino de los lectores perspicaces y contemplativos que rastreando por todas partes la esencia de las cosas, van á dar con las lágrimas anexas á la naturaleza humana guiados hasta por la risa. Don Quijote enderezador de tuertos, desfacedor de agravios ; Don Quijote caballero en Rocinante, miserable representación de la impotencia ; Don Quijote infatuado, desvanecido, ridículo, no es hoy necesario para nada. Este Don Quijote con su celada de carton y sus armas cubiertas de orin se llevó de calles á Amadises y Belianises, Policisnes y Palmerines, Tirantes y Tablantes, destrozólos, matólos, redujólos á polvo y olvido : España ni el mundo necesitan ya de este héroe. Pero el Don Quijote simbólico, esa encarnación sublime de la verdad y la virtud en forma de caricatura, este Don Qui-

jote es de todos los tiempos y todos los pueblos, y bienvenida será adonde llegue, alta y hermosa, esta persona moral.

Cervantes no tuvo sino un propósito en la composición de su obra, y lo dice ; mas sin saberlo formó una estatua de dos caras, la una que mira al mundo real, la otra al ideal ; la una al corpóreo, la otra al impalpable. Quién diría que el Quijote fuese libro filosófico, donde están en oposición perpetua los polos del hombre, esos dos principios que parecen conspirar á un mismo fin por medio de una lucha perdurable entre ellos? El género humano propende á la perfección, y cuando el polo de la carne con su enorme pesadumbre contraresta al del espíritu, no hace sino trabajar por la madurez que requiere nuestra felicidad. Si Don Quijote no fuera más que esa imagen seria y gigantesca de la risa, las naciones todas no la hubieran puesto en sus plazas públicas como representante de las virtudes y flaquezas comunes á los hombres ; porque una caricatura tras cuyos groseros perfiles no se agita el espíritu del universo, no llama la atención del hombre grave, ni alcanza el aprecio del filósofo. Hay obras que hacen reír quizá más que el Quijote, y con todo, su fama no ha salido de los términos de una nación : testigo Rabelais, padre de la risa francesa. Panurge y Pantagruel darán la ley en Francia ; Don Quijote la da en el mundo. Con decir que Juan Falstaff no es ni para escudero de Don Quijote, dicho se está que en este amable insensato debajo de la locura está hirviendo esa fuente de sabiduría donde gustan de beber todos los pueblos. « El Quijote es un

libro moral de los más notables que ha producido el ingenio humano. » Si como español pudiera infundir sospechas de parcialidad el autor de esta sentencia, extranjero fué el que llamó á Cervantes « honra, no solamente de su patria, sino tambien del género humano \* . »

Don Quijote es un discípulo de Platon con una capa de sandez : quitémosle su aspada vestidura de caballero andante, y queda el filósofo. Respeto, amor á Dios; hombría de bien cabal; honestidad á prueba de ocasiones; fe, pundonor, todo lo que constituye la esencia del hombre a filosofado, sin hacer mérito de las obligaciones concernientes á la caballería, las cuales, siendo de su profesion, son características en él. Aun su faz ridícula, puesta al viso, seduce con un vaiven armonioso de suaves resplandores. Se hace armar caballero, por habilitarse para el santo oficio de valer á los que poco pueden : embiste con los que encuentra, si los tiene por malandrines y follones, esto es, por hombres injustos y opresores de los desvalidos. Trátase de un viaje al fin del mundo : él está ahí, á él le toca é incumbe molestia tan gloriosa, pues va á desagruar á una mujer, á matar al gigante que usurpó el trono á una reina sin amparo. Todo noble, todo elevado en el fundamento de esta insensata generosidad : echada al crisol de la filosofía locura que tan risible nos parece, luégo veríamos cuajarse una pepita de oro aquilatado. El móvil de acciones tan extravagantes, en resumidas

\* John BOWLE, *Anotaciones al Quijote*.

cuentas, viene á ser la virtud. Don Quijote es el hombre imaginario, en oposicion al real y usual que es su escudero Sancho Panza. Quién no divisa aquí las dos naturalezas del género humano puestas en ese contraste que es el simbolo de la guerra perpetua del espíritu y los sentidos, del pensamiento y la materia? Si el fundador de la Academia no hubiese temido ser impío modificando la obra del Todopoderoso, habria ideado el hombre perfecto, al modo que imaginó y compuso su República. Empero si á fuer de pensadores le quitamos á la humana especie su parte tosca y viciosa, queda descabalada : el polo del mal es contraresto necesario en nuestra naturaleza ; y sin propender á un sacrilego trastorno, al sabio mismo no le es dable decir : Así hubiera sido mejor el hombre. Todo lo que hace el filósofo para mostrarnos que somos ruines y que pudiéramos ser más dignos del Criador, es delinear el hombre imaginario. Tal es Don Quijote : en poco está que este loco sublime no derrame lágrimas al sentarse á la mesa, cual otro Isidoro Alejandrino.

Aquí estriba el secreto de la celebridad sin mengua de Cervantes : si á ingenio va, muchos lo han tenido tan despejado y alto como el suyo. Mas cuando Boccaccio rendia homenaje al vicio con obras obscenas ; cuando la reina de Navarra y Buenaventura Desperries enderezaban á los sentidos el habla seductora de sus cuentos eróticos ; cuando el cura de Meudon y Bouchet le daban vuelo al pecado con su empuje irresistible ; cuando las matronas graves, las niñas puras leían y aprendían á esos autores para citarlos sin empacho, se

estaba ya desenvolviendo en las entrañas del porvenir el genio que luégo había de dar al mundo la gran lección de moral que los hombres repiten sin cansarse. Qué es de esos novelistas, célebres en su patria y su tiempo? Fantasmas desconsolados, vaguean al descuido por los ámbitos oscuros de la eternidad: si alguien los mira, si alguien los conoce, no se inclina, como Dante en presencia de los espectros celestiales que encuentra en el Paraíso. Cervantes enseñó deleitando, propagó las sanas máximas riendo, escarneció los vicios y barrió con los pervertidores de la sociedad humana; de donde viene á suceder que su alma disfruta de la luz eterna, y su memoria se halla perpetuamente bendecida. Tanto como esto es verdadero el principio del divino Sócrates, cual es, que sólo por medio de la virtud podemos componer las obras maestras. Cervantes sabia esto, y echó por la senda opuesta á la que siguieron los autores contra los cuales alzó bandera, hablando de cuyas obras dijo un gran obispo: « Su doctrina insita la sensualidad á pecar, y relaja el espíritu á bien vivir. » Escritor cuyo fin no sea de provecho para sus semejantes, les hará un bien con tirar su pluma al fuego: provecho moral, universal; no el que proclaman los pseudo-sabios que adoran al dios Egoísmo y le casan á furto con la diosa Utilidad en el ara de la Impudicia.

Así lo han comprendido los autores que, poniendo el ingenio á las órdenes de las buenas costumbres, cierran con los vicios y los tienen á raya. Sus armas no siempre son unas: Teofrasto, Labruyère, Larocheffoucauld, Vauvenargues hinchén de amarga tirria las cláu-

sulas con que retratan el corazón humano. Reir, jamás estos filósofos: hablan cual sombras tétricas que tuviesen de la Providencia el encargo de corregir á los hombres reprendiéndolos con aspereza. El vicio los irrita, el crimen les da tártagos, y la acritud saludable de su pecho sale afuera en palabras oscuras y bravías como el fierro bruto. Bajezas, perversidad humana, miráronlas en serio; y para remediarlas emplearon una murria acerba revestida de indignación. Estos censores se pasan de severos: témelos uno, pero elude su castigo con huir de ellos: más pueden esos maestros sutiles que se insinúan riendo, se meten adentro y hieren el alma. Plauto, Cervantes y Molière han hecho más contra las malas costumbres que todos los campeones cuya espada han sido la cólera ó las lágrimas. A Demócrito no gusta uno de mostrársele; á Heráclito le compadecemos y pasamos adelante.

El autor del Quijote siguió las propensiones de su temperamento: así como su héroe se cubre el rostro con su buena celada, así él se oculta debajo de ese antifaz tan risueño y alegre con el cual llena de regocijo á quienes le miran y escuchan: si la melancolía le oyera, se riera: no hay hambre, luto, palidez que no quiebren la tristeza en la figura del caballero andante en quien son motivos de risa lo mismo que á otros los vuelve respetables, y aun temibles. Elevado, grave, adusto en ocasiones; audaz, intrépido, temerario; sensible, amoroso, enamorado; constante, sincero, fiel, todo para hacer reir. Es esta una burla atroz, escarnio violento al cual sucumben esas virtudes? Nada ménos que eso: Cervan-

tes saca el caballo limpio : esas virtudes quedan en pié, erguidas, adorables ; no han hecho sino ir á la batalla. Deslinde éste muy holgado, si consideramos que no les ha cabido ni el aliento de la ridiculez, y que no afean su manto de armiño partícula de tierra ni chispa de sangre. Antes podemos considerar esta antilogia como el testimonio de lo avieso y torcido de nuestra condicion : efectivamente ; quién aspira á la felicidad mundana, quién la alcanza con el ejercicio de las buenas obras ? Si el que las tiene de costumbre se escapa de la figa, la ingratitud no le perdona ; si no muere en la cruz, de dia y de noche están en un tris de lapidarle sus más íntimos amigos. Oh tú, el franco, el dadivoso, no des una ocasion, ó no des cuanto te piden : eres un ahorrativo, un cutre para el cliente benigno ; córrale sangre por las venas, y no serás menos que un canalla. Oh tú, el denodado, el menospreciador del peligro, perece en él, y eres un necio : murió de puro tonto, exclama tu propio camarada : si tu ángel de la guarda te preserva, no eres sino fanfarron, matasiete de comedia que se pone en cobro á la asomada del enemigo verdadero. Oh tú, el sufrido, el manso, que perdonas agravios, olvidas calumnias : hombre vil, sin honra ni amor propio. Oh tú, el magnánimo, el altivo, que por bondad ó por desden no das rostro á tus perseguidores : ignorante, cobarde, segun los casos. Qué mucho, pues, si aquel cuyas acciones tienen por móvil principios sanos y plausibles sea víctima ó escarnio de sus semejantes ? Caídas, palos, afrentas de Don Quijote ; lances ridículos, burlas, carcajadas son espejo de la vida. Si éste fuera bribon cuerdo y redomado, nadie le diera sogá, nadie

hallara de que reirse en él ; siendo loco furioso, guarda Pablo ! Dios y á un lado. Nosotros pensamos que sin miedo del martirio debemos echar por el camino de espinas : como esto sucede algunas veces, para honra de la especie humana, apénas habrá quien juzgue por gratuitos los cargos que contra ella se derivan de ciertas consideraciones. Gratuitos ? Dios misericordioso ! Pitágoras muere en el fuego ; Sócrates apura la cicuta ; Platon es vendido como esclavo ; Jordan Bruno, Savonarola son pasto del verdugo. Quién más ? Todos piensan que el matador de César dijo una gran cosa cuando exclamó : Oh virtud, no eres sino vana palabra ! Exclame : Oh virtud, eres sentencia de muerte, y el mundo le sacaba aun más verdadero.

## CAPÍTULO II

La espada de Cervantes fué la risa : ved si la meneá con vigor en el palenque adonde acude alto y garboso. Esa espada no es la de Bernardo : pincha y corta, deja en la herida un filtro mágico que la vuelve incurable, y se entra en su vaina de oro. La risa fué el arma predilecta del autor del Quijote, mas no la única : esta fábula inmortal tiene pasages elevados que en ninguna manera desdican de la índole de la composicion, y refutan ántes de propuesto et juicio que despues habia de formular un analizador, benemérito sin duda ; es á saber, que en obras de ese género todo debe ir encaminando á la iro-

nía burlesca y á la risa. Walter Scott, cuya autoridad en lo tocante á las letras humanas tiene fuerza de sancion, afirma, por el contrario, que si las obras de carácter serio rechazan por instinto la sátira graciosa y no dan cabida á la chispa maleante y placentera, las de costumbres, las en cierto modo familiares, admiten de buen modo lugares profundos, y aun sublimes. Hay una persona ridícula en Homero; mas siendo perversa á un mismo tiempo, no punza el ánimo del lector con ese alfiler encantado que hace brotar la risa: ni los dioses ni los hombres perciben sal en la ridiculez del cojo Tersites, malo y feo. La ambicion de los Atridas, el furor de Aquiles, los alaridos de Ajax desesperado; guerreros del cielo y de la tierra cruzando las espadas en batallas estupendas, hacen temblar montes y mares, no son cosas de reir. Todo serio, todo grande en Sófoles: la enseñanza de la tragedia es lúgubre: Electra es devota de la estatua de Niobe, porque nunca deja de llorar este sensible, apasionado mármol. A Fedra le está devorando el corazon un monstruo de mil formas: amor ilícito, incesto enfurecido, negra venganza, son tempestades en el pecho: los que las abriga, maldicen, rugen y mueren, no están para reir. Y cómo ha de reir Macbeth cuando quisiera huir de sus propias manos que chorrean sangre? Banco no se rie, porque las sombras nunca están alegres; Otelo no se rie, porque abriga un demonio en las entrañas; Edipo no se rie, porque sabe ya que ha matado á su padre, y se ha arancado los ojos. La risa pues, divinidad sutil que se cuela en todas partes, huye del cementerio, tiene miedo á los muertos; y ora en figura de amor, ora de

celos, ora de venganza, las pasiones la acoquinan y le imponen silencio.

Las reglas en el arte no son sino observaciones confirmadas por la experiencia: el buen juicio de los doctos, de esos cuyo discernimiento separa con tanteo infalible el oro fino del bajo, el bajo de la escoria; ese buen juicio transmitido de generacion en generacion, admitido por el buen gusto, se convierte en leyes que sanciona el unánime consentimiento: una vez promulgadas por los grandes maestros, nadie falta á ellas que no cometa una punible transgresion. Homero es anterior á Quintiliano, ya lo han dicho. La observacion de sir Walter Scott no claudica jamas respecto del poema, la tragedia, la historia y la poesia lirica: éstas son matronas cuyas formas imponentes ocultan á Minerva, ó doncellas impolutas que temen incurrir en la desconsideracion de Apolo, si su voz argentina se embastece con una carcajada.

La risa de los ciegos tiene algo de fatídico: la risa, como las flores, no es amable ni fragante sino cuando se desenvuelve á los rayos del sol. El ciego no tiene derecho para reir: su risa es incompleta, imperfecta: los ojos rien junto con la boca: sin la parte de ellos, este fenómeno es casi monstruoso. Reir un ciego, ¿con qué luz? Milton quiso reir; se rió una ocasion, y dió un susto á nuestra buena madre Eva en el Paraiso: en poco estuvo que el Angel del Señor no dirigiese contra él la punta de su espada. Ciego, de qué te ries? Ah, los ángeles han inventado un nuevo instrumento de ex-

terminio, van á llevarse á las legiones infernales en alas de su artillería y dar buena cuenta de los enemigos del hombre. Pero los demonios, á quienes no se les llueve la casa, traen en la manga lo que han menester en un apuro, y hacerles dar en el buitron no es llegar y besarla durmiendo, porque ellos son capaces de contarle los pelos al diablo. El poeta describe la zorrería de los unos, el empacho de los otros, se pone á reir y se rie un dia entero. Esta burla se levanta en el Paraiso Perdido, bien como farallon ridiculo cortado en forma de botarga, en medio de un mar grandioso. Es la única del poema, y se la ve desde léjos, para que huyan del escollo esos amables inventores que tienen nombre de poetas.

Childe Harold se quiso reir tambien, y se rió : esto es como si se riera Ticio debajo del buitre que le despedaza y come las entrañas : la duda sepulcral, los remordimientos, las tinieblas no experimentan alegría : Conrado, el Giaur, Manfredo, simados en el crimen, no hacen traicion con el semblante á las pasiones furibundas que les imprimen semejanza de hijos del abismo. Childe Harold quiso una vez mostrarse picotero, saleroso, y quedó mal. Este bello Lucifer infunde admiracion cuando se tira de rodillas en presencia del Parnaso, y deja salir de su pecho á borbollones el raudal de su divina poesia : cuando, en pié delante del Partenon, poseido por el espíritu de la antigüedad, evoca las sombras de Fidas y Pericles : cuando, errante á media noche por entre los escombros de la ciudad eterna, ve con la imaginacion el espectro de Sila, y le dirige la palabra

en términos tan grandes como ese gran tirano. Childe Harold exponiendo chufletas y donaires á las puertas de Newgate, cual avispado socarron, es pequeñuelo, ruin. Lo conoció el poeta, y jamas volvió á chancear en el admirable poema donde no actúa sino un héroe, y solo, solitario y aislado basta para la accion que satisface y embelesa. Esta burla de lord Byron en una de sus obras más cumplidas dió materia y ocasion á Walter Scott para que, dilatando la mirada por el campo de las humanidades, redujese sus observaciones á preceptos. El coturno eleva hasta las nubes : poeta que lo calza y sabe entenderse con él, es un gigante : los gigantes no rien : son fuertes, valientes, feroces, soberbios y terribles.

Las obras de carácter jocoso no repugnan los pasajes serios y encumbrados ; ántes parecen recibir importancia de la gravedad filosófica, y ofrecen lugar con gusto á los severos pensamientos con que los moralistas reprimen las irrupciones de los vicios en el imperio de las virtudes. Debe de ser á causa que el género humano propende á levantarse, creciendo en consideracion á sus propios ojos ; y todo lo que es bajar le desvalora y humilla. Si de las travesuras del concepto y el estilo pasamos á las especulaciones fundamentales de la inteligencia, exprimiendo nuestras ideas en cláusulas robustas, andamos hácia arriba ; y cuando sucede que del círculo eminente de la moral y la filosofía hacemos por desviarnos hácia el risueño pero restringido campo de la sátira ligera, en esos rebatos de júbilo inmotivado que suelen darle al corazon, descendemos, sin duda.